

PANEGIRICO DE LA ASUNCION

— DE LA —

Inmaculada Virgen María,

PRONUNCIADO POR EL

SR. CANONIGO LIC. D. VICENTE DE P. ANDRADE,

el 15 de Agosto de 1900, en la Insigne y

Parroquial Colegiata de Sta. María de Guadalupe,

con ocasión de la fiesta que la
peregrinación anual de la Diócesi de León le consagra.



LEON.—1900.

IMPRESA Y ENCUADERNACION DE Z. IZQUIERDO.

Gobierno Eclesiástico

—DE—

LEON.

LEÓN, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1900.

Oído por Nos mismo el Panegírico de la Asunción predicado en la Colegiata de Guadalupe por el Sr. Canónigo Lic. D. Vicente de P. Andrade, con motivo de la peregrinación anual de nuestra Diócesi, concedemos licencia para que se imprima y publique, debiendo ser corregido el impreso por el eclesiástico nombrado para esto. Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capitulár de esta Sagrada Mitra.

M. F. VELAZQUEZ.

ANGEL MARTINEZ,
Srio.

**Magnificentia tua in diademate
capitis illius sculpta erat.**

SAP. CAP. XVIII V. 24.

ILMO. SEÑOR: (1)

Nada se hace por Dios, que Dios no pague; nada se obra en su obsequio, que no recompense con una munificencia propia suya: un vaso de agua dado á un pobre por su amor, es remunerado generosamente por su misericordia. (2) El reino de los cielos, dice el mismo Salvador, será el premio de la visita hecha á un encarcelado por complacerle. (3) ¿Pues cuál será el galardón de las obras espirituales que se ejecuten por agradarle, cuando con tanta generosidad paga las corporales que se emprenden por él? Y ¿cuál será la recompensa de aquella alma privilegiada, que interior y exteriormente, no haya vivido sino por El y para El?—Marta la piadosa hermana de Lázaro que tuvo al buen Jesús de huesped, que le sirvió solícita en todos los ministerios que exigía tal hospedaje mereció un eterno renombre y el cielo que hoy disfruta. María, la contemplativa Magdalena, que no tenía otra ocupación, sino recoger las palabras de vida que caían de la boca de

(1) El Sr. Vicario Capitular de la Diócesis de León y Dean de la misma Santa Iglesia, Lic. D. José María Velázquez.

(2) Math. x, 42.

(3) id. xxv. 36.

Jesucristo, para meditarlas y meditándolas abrasarse en el amor divino, (1) recibió de gracia imponderables en este mundo y al morir, bienes de gloria que es imposible á toda humana criatura ponderar. La vida activa de la una tuvo su recompensa y magnífica; la vida contemplativa de la otra tuvo su compensación y gloriosa. Ahora bien, decidme, Dios que tan generoso paga una bagatela hecha por su amor ¿como remuneraría á su Madre María, cuya vida toda, interior y exteriormente en cuerpo y alma, sin interrupción la empleó en su obsequio y servicio? H. m., aunque los Angeles nos lo dijeran, no nos sería fácil comprenderlo. Con arreglo pues, á estas ideas os demostraré que María, en el instante de pasar del tiempo á la eternidad consiguió la mayor retribución que de justicia se otorga á los santos, es decir, que cuando María acabó su carrera mortal, el Señor le debía más que á ninguna otra criatura, y correspondió á esa deuda, elevándola en el Empíreo celestial hasta hacerla descansar en la plenitud de los santos. *In plenitudine sanctorum detentio mea.* (2)

Virgen Santísima dignaos concederme que os alabe: *dignare me te laudare*, supuesto que, no obstante mis reiteradas excusas, ante aquel que actualmente gobierna la diócesi de León y bien pronto va á ofrecer el Sacrificio de alabanza, insistió en preferirme entre tantos sacerdotes santos y doctos de su clero, bien veo, Santísima Señora, que habéis querido que en el ocaso de mi vida confiese publicamente los innumerables beneficios que me habéis concedido. ¿Recordáis que hace 46 años sembrasteis en mi corazón la semilla del sacerdocio ante aquella tu sagrada imagen de la Luz? Dignaos venir en mi socorro para que este devoto é ilustrado auditorio escuche la Divina Palabra, la guarde en su corazón y á su tiempo dé frutos de bendición. (3)

AVE MARIA.

Para tener una idea de la magnificencia con que Dios recompensó á su Santa Madre, en el instante de su muerte, basta

[1] Joan xii.

[2] Eccli. xxiv, 16.

[3] Luc. viii, 13.

reflexionar en las tres excelentes prerrogativas que entonces le adornaron: Su muerte fué la más dulce, se siguió á ella una resurrección más gloriosa y fué acompañada del más completo triunfo. Su muerte fué la más dulce, porque murió á impulsos del amor; su resurrección fué la más gloriosa, porque se invirtió en favor de María el orden común señalado en los eternos decretos, y su triunfo fué el más completo, porque fué colocada en un lugar inferior solamente, al que ocupa la Trinidad Santísima. Estos tres títulos dan testimonio de la singular predilección del Señor, y de la recompensa debida á las heroicas virtudes de la Santísima Señora.

La muerte de la Santísima Virgen, libre de inquietudes, nos representa la imagen de un plácido sueño, ó por mejor decir, de un verdadero triunfo. Obedece á la ley de la muerte, porque su Santísimo Hijo se sujetó á ella; morirá, pero de un modo y por un motivo que nada tiene de común con la muerte de los hijos del pecado; estos son condenados á morir aun antes de ver la luz primera y son precipitados al sepulcro por la violencia de las enfermedades, ó por el desfallecimiento de las fuerzas naturales, ó por cualquiera otro accidente funesto. No sucede así á María. Como no estuvo, ni un solo momento, manchada con la lepra del pecado, tampoco debía ser comprendida en sus consecuencias. Morirá, pero en su muerte, no verá mas que el cumplimiento de sus más vivos deseos; morirá, pero no como víctima herida de la Justicia Divina, sino como dice San Bernardo: *cual victima abrasada en el fuego del amor divino.* ¡Qué incendios serían los de este sagrado fuego, en el alma santísima de María! Si San Efrén exclamaba en el desierto que no podía sufrir el ardor con que le abrasaba el amor divino; si el extático Felipe Neri, absorbido en la oración, sentía un ardor que ni el mismo hielo era bastante para contener las impresiones que estas sagradas llamas hacían en su cuerpo fracturándole dos costillas; si los Mártires miraban con alegría los instrumentos con que debían ser sacrificados, porque estaban abrasados en el amor de Dios; ¿cuál sería la actividad y vehemencia del fuego sagrado que consumía el corazón de María? María por su alta dignidad superó á todos los santos y aun á los ángeles mismos, en el amor á Dios. La vehemencia de este amor era de suyo bastante para haberle quitado la vida; pero Dios que quería, que

llenase la medida de los días que debía pasar sobre la tierra, para consuelo de la naciente Iglesia, la sostuvo con aquel brazo Omnipotente, que en otro tiempo sostuviera ilesos á los niños en medio de las llamas del horno de Babilonia. Pero debía llegar el momento en que cesase el prodigio que concernía su vida. ¡Qué espectáculo tan admirable al ver á la Madre de Dios en presencia de los Apóstoles de lejanas regiones trasladados allí milagrosamente y de una multitud de fieles y piadosas mujeres que recogidos y devotos asistían á su triunfo, anunciándose en la serenidad de su rostro la paz que reinaba en su alma! ¡Qué espectáculo! vuelvo á decir, ver á María consagrando los últimos instantes de su preciosa existencia, á avivar los deseos más encendidos de irse á unir para siempre con su Hijo y su Dios, en la mansión donde reina la verdadera ventura.

El segundo privilegio que goza la Virgen Madre es el de una resurrección pronta y anticipada. Si en alas del espíritu penetramos en el sepulcro donde fué depositado el sagrado cuerpo de la Virgen Santísima, no nos asaltarán, á la verdad, tristes ideas que inspiren horror; veremos ciertas señales de su gloria y de su triunfo. Su bendito cuerpo libre del imperio de la muerte, brilla con tales resplandores, que no pueden ser ofuscados por las tinieblas del sepulcro; su cuerpo, no espera para volverse á unir con su alma, aquel último día de los siglos en que se junten todas las cenizas esparcidas por el orbe para recobrar su antigua forma. El sepulcro no es digno de conservar un depósito tan sagrado. María goza inmediatamente el singular privilegio de una resurrección gloriosa; y no penséis, H. m., que esta expresión es nacida de un celo indiscreto por las glorias de mi Madre querida, es una piadosa tradición, derivada hasta nosotros desde la primera edad del cristianismo. En efecto, todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, convienen unánimemente en este punto. San Juan Damasceno nos supone esta resurrección como cierta y admitida constantemente por todos los pueblos. San Epifanio compara la Asunción de la Virgen Santísima, á la elevación de Elías y de Enoc al cielo. La Iglesia griega celebra, como nosotros esta festividad, y todos los que inclinamos la frente ante la Santísima Virgen la aplaudimos y veneramos y ardientemente anhelamos porque tal creencia sea sublima-

da á la categoría de dogma católico. Porque, H. m., si el Arca que contenía solamente un poco de maná y las tablas de la Ley, debió ser fabricada de Setin, que es una madera incorruptible, con mucha más razón debía estar exenta de corrupción y del sepulcro un cuerpo que había servido de morada al Verbo increado. Si la religión de los fieles ha conservado los huesos de muchos santos que se presentan en nuestros templos entre el oro, la plata y la seda, con mucha más razón, si el cuerpo de María hubiera sido reducido á cenizas, estas preciosas reliquias se habrían conservado hasta nuestros tiempos, expuestas en los altares á la veneración pública. Si en la muerte del Redentor del mundo, resucitaron muchos santos ¿se negaría este privilegio de una resurrección anticipada á la Madre del Altísimo? Supuestos estos antecedentes, todos debemos publicar las glorias de María en su resurrección, haciendo resonar aquel oráculo del profeta Rey que tan justamente se le puede aplicar en esta ocasión. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem.* (1) ¡Perezcan si, y perezcan siempre aquellos cuerpos que han sido abominables víctimas del pecado! aquellos ojos llenos de soberbia y orgullo, aquellas lenguas que han lacerado el honor del prójimo; que nos desfiguremos y nos destruyámos en el sepulcro los pecadores, nada más justo, pero ¿cómo sería posible, Santo Dios, que el virginal seno en que estuvistéis nueve meses, que aquellos purísimos pechos que os alimentaron, que aquellos brazos en que descansasteis y que aquel corazón que tanto os amó fuera pasto de gusanos? No, H. m., mil veces no. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem.* (2)

Finalmente, el triunfo que María alcanzó, fué el más glorioso. Luego que llegó al término de su destierro, al dejar la mansión del llanto, subió sobre un carro de luz á la morada de los santos. ¡Puertas eternas, abrid y disponéos á recibir á una heroína mucho más ilustre que Débora, Judit y Esther, una heroína que ha vengado á la naturaleza de los agravios que había recibido del Príncipe de las tinieblas! ¿Qué haría en esta ocasión tan sublime el Hijo más amante por la madre más digna de ser amada y reverenciada? lo mismo que Salomón con su madre Betsabé: *Surrexerit rex in*

(1) Psl xv. 10.

(2) id. id.

occursum ejus (3) Sale á recibirla y entre las aclamaciones entusiastas de toda su corte, la coloca en lugar más eminente del paraiso celestial, sobre las inteligencias más sublimes, no permitiendo que falte cosa alguna á su gloria y la hace sentar á su derecha en un encubrado trono *Positusque est thronus matri.....quae sedit ad dexteram ejus* (4) mandando que todo cuanto allí se halle, se postre á sus pies. No os admireis, hermanos, de que al verla circundada de gloria y gracias tantas, las generaciones y descendencias de Adán, atónitas y sobrecogidas de admiración se pregunten mutuamente: ¿quién es esta á quien la naturaleza y la gracia se han empeñado en hacerla tan perfectamente hermosa? ¡Qué majestad en su frente! qué modestia en sus purísimos ojos! ¡qué pudor en sus sonrosadas mejillas! qué amable afabilidad en su rostro! ¡qué cumplida en su persona! qué nobleza manifiesta su alma grande! Sus perfecciones anuncian su inocencia, y su inocencia indica su alto origen; y dirigiéndose luego á María la requieren diciéndola: ¿dinos de quien eres hija? si lo eres de nuestro padre común y prevaricador, ¿cómo te has preservado de las fatalidades de nuestra universal desgracia? ¿porqué respeta á tu cabeza el anatema del cielo, y á tu cerviz la severa Ley que el Criador impusiera sobre el cuello de los hijos de una madre delincuente y seductora? ¿quién te ha comunicado esa luz tan pura y tan penetrante que ofusca la claridad de estas regiones? ¿quién te ha elevado á tanta altura que ni el infierno ha podido hacerte su presa, ni Satan su esclava, ni la justicia rigurosa su víctima? te elevas á los cielos y en tu exaltación gloriosísima se congratulan los espíritus celestiales; te aplauden los astros matutinos; el Sol, la Luna admiran tus perfecciones y las hijas de Sion ambicionan tus gracias; se agitan, se atropellan unas á otras por rendirte pleito homenaje y aclamarte por su Reina, Emperatriz y Soberana ¿dinos de quien eres hija? Lo soy, contesta María, del Altísimo, en su boca divina tuve mi origen, el Señor me poseyó antes de todos los siglos; todavía no estaba formada la tierra; aun no brotaban agna las fuentes, ni los montes asentaban sus pesadas moles; cuando ya era yo concebida

[1] Reg. III. II. 19.

[2] Reg. III. II. 19

primogénita ante todas las criaturas. Gozo la primacia sobre las gentes, habitó en Jacob, domino en Jerusalem, mi herencia es Israel y subo hoy á los cielos para recibir la corona que la Trinidad Beatísima me ha preparado, por que soy hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. *Magnificentiatua in diademate capitis illius sculpta. erat.* (1)

Salve, mil veces salve, dichosísima Criatura; estrella de Jacob; ensueño divino de los Profetas, anhelada esperanza de los Patriarcas; vástago sublime de reyes; nube fecunda que llovió el maná del cielo, fértil tierra que produjo la salud de los pueblos, luz purísima que, colocada entre el nuevo y antiguo Testamento, comunicó el hermoso día de la Ley de gracia; Arca preciosa destinada para llevar al mediador, yo bendigo una y mil veces el día de vuestra exaltación gloriosísima en cuerpo y alma á los cielos, y unido á las angélicas gerarquías pongo mi debil voz acorde con sus harpas de oro para entonar el himno eucarístico al Omnipotente porque os sublimó á gloria tanta, siendo para el mundo un astro favorable y para las potestades del averno un ejército en orden de batalla. O María, es verdad que el cielo os arrebató de la tierra pero no por eso os hemos perdido. Vos Señora incapaz sois de olvido, y así fijad vuestros amorosos ojos sobre estos vuestros predilectos hijos de la fervorosa diócesi leonés; que entre todas las que vienen aquí, descuella por su gratitud á los singulares dones conque la habeis favorecido, han venido desde muy lejos á manifestaros sus necesidades, vuestro corazón se compadezca de ellas; haced que se conserven ilesas las doctrinas y los santos ejemplos de vuestro amante hijo el inolvidable Sollano; que siempre lo recuerden y trasmitan de generación en generación su santa memoria y que algún día nos recibais á todos en el cielo, donde os amaremos y enalzaremos sin fin.



[1] Sap XVIII 24.